

Informática en los Colegios de Togoville y Dapaong

Por SERVANDO PAN

Mi estancia en Togo, por quinta vez, se ha saldado con resultados muy alentadores y positivos. Aunque parezca contradictorio, también en un país donde prolifera la miseria y la falta de estructuras para el bienestar de la población, debemos impartir conocimientos informáticos para facilitar las tareas administrativas y organizativas. Con esta intención y de una manera desinteresada, ofrezco mi tiempo de vacaciones y me incorporo a una comunidad del Subdistrito de Benín que quiera beneficiarse de mi presencia para contribuir en el buen funcionamiento de la misma y en las atenciones que reclama la población en la que está inmersa.

Pero no sólo voy a ofrecer sino que, también, voy a recibir. Recibir el afecto de aquellas personas, niños y mayores, que te miran agradecidos por tu presencia entre ellos y por tu ayuda desinteresada. La sonrisa y el saludo de todos los que cruzas en tu camino son como un unguento que carga "las pilas" y te da ánimos para seguir peleando contra la pobreza material y espiritual que te rodea. Recibir atenciones por parte de todos los miembros de la comunidad que no hacen más que poner en práctica el mandamiento de la fraternidad.

De un hermano en concreto, guardo un recuerdo inolvidable. Dedicado enteramente a paliar los efectos de la enfermedad y la pobreza, seguiré algunos de los consejos que me dio e imitaré algunas de sus conductas ejemplares. Juntos pasamos tres semanas en la Comunidad de Dapaong. Juntos también fuimos testigos de dos acontecimientos que, sin duda, han marcado un sello indeleble en lo más profundo de nuestro ser y que serán objeto del siguiente relato.

Un fin de semana, después de una agotadora actividad, queriendo hacerme partícipe de la situación deplorable por la que pasan algunas zonas de la "brousse" de África profunda respecto a la enseñanza, mi acompañante quiso hacer una visita a una de las escuelas ubicadas en los alrededores de Dapaong.

—Mira —me dijo él—, esta escuela era, hace unos meses, un chamizo construido con troncos, cañas y hierba seca. En él se hacinaban decenas de niños sentados en palos atravesados y colocados a modo de bancos. Expuestos al viento, calor y lluvia, seguían la enseñanza de un maestro que, en condiciones muy precarias, trataba de meter en la mollera de la chiquillería de los alrededores los principios del cálculo y del francés. Por supuesto, poco se podía hacer en ese ambiente. Conmovido por el estado de la escuela, el hermano Santi Mateo, de La Salle, hizo lo imposible para que fuese sustituida por una de paredes de bloques y tejado de hojalata. Y este es el resultado: los niños, en sus bancos

de madera, ya siguen en mejores condiciones las instrucciones del maestro cuya vivienda tenemos enfrente —Me señaló unas chozas cuyos tejados de hierba seca sobrepasaban las cañas de un campo de sorgo.

Como no me pude imaginar, ni siquiera aproximar imaginativamente, el estado deplorable de la primitiva escuela, camino de regreso encontramos una muy similar a la descrita anteriormente: troncos y palos gruesos constituían el armazón del "edificio"; maderos atravesados sobre poyetes hacían las veces de bancos; en un frente una tabla servía de pizarra. En "harmatanes", vendavales y chaparrones, fácil es imaginar el estado de ánimo del enseñante y de los enseñados. Esperemos que pronto surja en su lugar una escuela como Dios manda. Aviso a navegantes... Todos tenemos que poner un granito de arena y añadir una escuela a la larga lista de las ya construidas en firme en la zona norte de Togo.

Otro sábado, teníamos cita con la Comunidad de Tami para compartir la comida con los hermanos que la formaban. Para mí fue una experiencia inolvidable, el contacto con la labor social y educativa que se lleva a cabo en el centro. Por un lado, quedé maravillado al ser una treintena de jóvenes parejas de agricultores que se dedicaban, ese día, al amontonamiento del "petit mil" (mijo) que, a lo largo de las horas del sol, había sido sometido a una operación de secado y, en ese momento, se recogía para poderlo cubrir con plásticos y protegerlo de la lluvia. La alegría reinaba en el ambiente pues la cosecha de ese cereal había sido buena. También lo iban a ser la de maíz, sorgo y arachide (cacahuete) que maduraban hermosos en los campos. La nota la dio el hermano Pedro Santamaría al lanzar al aire puñados de caramelos. Las pobres mujeres que barrían en otra era contigua, al ver el espectáculo echaron a correr en busca de las succulentas golosinas. Llegaron casi demasiado tarde y, más de una, sudorosa, se quedó con la miel en los labios. "Otra vez será", les dijo el hermano enseñando la bolsa vacía.

Al poco rato me llamó la atención otra escena que, en semejantes parajes, produce sorpresa y satisfacción: los pastores procedían a la recogida del ganado y lo conducían a sus cuadras correspondientes. Decenas de vacas, bueyes y más de setenta ovejas y cabras desfilaban lustrosos por allí después de haber pasado la jornada en el campo pastando. Es la estación propicia para el engorde de ovinos y bovinos, y este año, al parecer, las lluvias habían sido abundantes y auguraban buenas cosechas. El período de formación de todos aquellos jóvenes proseguía sin demasiados problemas. Esperemos que, hasta enero (final de campaña), todo siga su curso normal.

Todos, los de paso y los residentes, debemos colaborar para que en determinadas zonas de África Occidental mejoren las condiciones de vida de la gente y las nuevas generaciones dispongan de medios suficientes para ampliar su formación y ser útiles en el seno de la sociedad de la que forman parte.

Togoville julio-agosto 1996. ♦